

programa se observó estrictamente; durante quince horas se dejó á los insurrectos prepararse con toda tranquilidad; las tropas no salieron de sus cuarteles hasta el 4 de diciembre, á la una y media, y el ataque comenzó á las dos. Una barricada que se extendía en toda la longitud del bulevar, entre el Gimnasio y la puerta de San Dionisio, fué tomada por el 72.º de línea, y la brigada del general Canrobert se apoderó de las que se habían levantado en los alrededores de la puerta de San Martín. En el bulevar Montmartre, á la altura de los almacenes del *Profeta* y de la casa de M. Sallandrouze, algunos tiros habían partido de las ventanas; un cañón disparó metralla contra esta casa, y abrió boquetes que aún se veían algunos días después. En la punta de San Eustaquio y en la calle Rambuteau la lucha fué encarnizada. La brigada del general Courtigis, llegando de Vincennes, bajó al arrabal de San Antonio y derribó las barricadas que encontraba á su paso. Durante cerca de tres horas París oyó el fragor continuo del cañón y de las descargas de fusilería. La insurrección quería correrse á la calle de San Honorato, á la plaza de Nuestra Señora de las Victorias, al barrio de la Bolsa y del Banco; pero fué rechazada en todas partes. A las cinco de la tarde todo había terminado. El ejército tuvo 25 muertos y 184 heridos, y en cuanto á la población civil, las diversas cifras presentadas convienen tan poco entre sí, que no se puede hacer un cálculo exacto. Lo desgraciadamente cierto es que la mayor parte de las víctimas fueron personas inofensivas, simples curiosos. El 5 de diciembre París recobraba su aspecto acostumbrado.

Graves agitaciones se produjeron en los países del Centro y del Mediodía: se supo sucesivamente la insurrección de la Nievre, la del Herault, la del Drome, los disturbios del Allier, del Jura, de Lot-et-Garonne y del Gers, y la toma de posesión del Var y de los Bajos Alpes por los socialistas. En varios puntos se cometieron crímenes de derecho común, que la reacción no dejó de explotar; pero la represión fué terrible. Treinta y dos departamentos fueron declarados en estado de sitio, y varias comisiones mixtas decidieron sumaria y arbitrariamente de la suerte de miles de republicanos. Algunos fueron enviados á Cayena, 9.530 á Argelia y 1.545 expulsados, condenándose á 2.804 á ser internados. A casi todos los representantes de la derecha se les había puesto en libertad. Por un decreto se desterró momentáneamente á los generales Changarnier, Lamoricière, Bedeau, Lefló, MM. Thiers, Duvergier de Hauranne, Baze, Chambolle, de Remusat, Cretón y de Lasteyrie. El general Cavaignac no salió de la fortaleza de Ham hasta el mes de febrero, para casarse con la señorita Odier.

Nada es tan contagioso en Francia como el buen éxito. El resultado oficial del plebiscito de los días 20 y 21 de diciembre dió 7.439.216 votos en pro, contra 646.737 en contra. Si Luis Napoleón hubiera sufrido una derrota, se le habría tratado de criminal y de loco, lo mismo que después de las intentonas de Estrasburgo y de Boulogne; pero había triunfado y le saludaban como á un libertador.

## XXXV

## EL PRINCIPIO DE 1852

La República no existía ya más que de nombre, y su presidente se rodeaba de todo el aparato de un soberano. Aún no habitaba en las Tullerías, porque en el piso bajo se hacían reparaciones; pero recibía y daba fiestas en las grandes habitaciones del primer piso, donde los funcionarios iban á prestarle su homenaje el 1.º de enero de 1852. El mismo día se cantaba en la catedral de Nuestra Señora un *Tedeum*, al que el príncipe asistió, habiéndole escoltado numerosos escuadrones de caballería; el 7 concurrió á una función de gala en el teatro de la Ópera, y la orquesta comenzó á tocar la marcha del *Profeta*.

Muchos orleanistas parecían dispuestos á declararse en favor del nuevo poder; pero los decretos del 22 de enero, que usurpaban injustamente á la familia de Orleáns una parte de sus bienes, les hacían persistir en su oposición. Los servidores más fieles de Luis Napoleón censuraban una medida tan contraria á las ideas de pacificación, y cuatro de sus ministros, MM. de Morny, Aquiles Fould, Rouher y Magne, dimitieron sus cargos.

El 24 de enero se derogó el decreto del Gobierno provisional que había abolido los títulos de nobleza. El 23 de febrero hubo un gran baile en las Tullerías, al que asistieron ocho mil personas, observándose que había trescientos maestros, vestidos con arreglo á lo prescrito por el ceremonial de la antigua casa imperial.

El 29 de marzo, el príncipe abrió en las Tullerías, en la sala de los Mariscales, la sesión del Senado y del Cuerpo legislativo. Después de felicitarse en su discurso de que su dictadura hubiera cesado, rechazó en estos términos los proyectos de restauración monárquica: «Al verme restablecer las instituciones y los recuerdos del Imperio, se ha repetido á menudo que deseaba restablecer el Imperio mismo. Si tal fuera mi preocupación constante, esa transformación se habría efectuado largo tiempo hace; pues no me han faltado medios ni ocasiones. Así, en 1848, cuando seis millones de sufragios me eligieron, á pesar de la Constituyente, yo no ignoraba que la simple negativa en cuanto á conformarme con la Constitución podía darme un trono; pero no me seducía una elevación que podía ocasionar graves desórdenes. El 13 de enero de 1849 me fué igualmente fácil cambiar la forma de gobierno; mas no lo quise; y por último, el 2 de diciembre, si consideraciones personales se hubiesen antepuesto á los graves inte-

reses del país, hubiera pedido primeramente al pueblo un título pomposo, que no me habría negado, pero me contenté con el que tenía.» El príncipe concluía así: «Resuelto hoy, como antes, á hacerlo todo para Francia, y nada para mí, no aceptaría modificaciones en el actual estado de cosas si no me viese obligado á ello por una necesidad evidente. ¿De qué puede nacer? Unicamente de la conducta de los partidos; si éstos se resignan, nada se cambiará..... No nos preocupemos anticipadamente de dificultades que sin duda no tienen nada de probable. Conservemos la República, que no amenaza á nadie y puede tranquilizar á todo el mundo.»

Aunque conservando el nombre de República, Luis Napoleón restablecía las águilas imperiales, cuya distribución solemne hizo en el Campo de Marte el 10 de mayo. La ceremonia fué á la vez militar y religiosa, asistiendo todo el clero, con el arzobispo de París á la cabeza. El príncipe, salido de las Tullerías, llegó por el puente de Jena un poco antes del mediodía, seguido de una escolta de jefes árabes. Después que hubo pasado revista á las tropas, apeóse del caballo y subió á un inmenso estrado que se apoyaba en la Escuela Militar. «Soldados, dijo, la historia de los pueblos es en gran parte la historia de los ejércitos; de sus triunfos ó de sus reveses depende la suerte de la civilización y de la patria; vencidos, es la invasión ó la anarquía; victoriosos, es la gloria ó el orden..... El águila romana, adoptada por el emperador Napoleón á principios de este siglo, fué la significación más ostensible de la regeneración y de la grandeza de Francia. Desapareció en nuestras desgracias; pero debía volver cuando la nación, repuesta de sus derrotas y dueña de sí misma, no repudiara ya su propia gloria. Soldados, volved á tomar, pues, esas águilas, no como una amenaza contra el extranjero, sino como el símbolo de nuestra independencia, como recuerdo de una época heroica, como señal de la nobleza de cada regimiento. Recobrad esas águilas que tan á menudo condujeron á nuestros padres á la victoria, y jurad morir, si es necesario, para defenderlas.» Después de pronunciar esta alocución, el príncipe entregó á cada coronel una bandera: sobrepuesta de un águila, esta bandera tenía las iniciales del presidente, una R y una F (República francesa), y el nombre de las principales batallas en que cada regimiento había tomado parte. Después se celebró la ceremonia religiosa; en medio del Campo de Marte elevábase un altar, y las salvas de artillería anunciaron que la misa, dicha por el arzobispo de París, comenzaba ya. En el momento de la elevación resonó un cañonazo; hubo redoble de tambores, las trompetas tocaron marcha, las tropas presentaron las armas é inclináronse las banderas. Después de la misa, el arzobispo pronunció un discurso en el cual daba á Luis Napoleón este sabio consejo: «Príncipe, mirad menos el presente que el porvenir. Se puede hablar de paz cuando se dispone de tan valeroso ejército; y vuestras águilas, desde las cimas del Atlas hasta las de los Alpes y de los Pirineos, tendrán espacios suficientes para su vuelo sublime.» El prelado terminó así su arenga: «Dios, dueño soberano de la guerra y de la paz, venid á bendecir Vos mismo estos estandartes

y estampad en ellos señales brillantes de vuestra omnipotencia y santidad..... ¡Que encierren en sus gloriosos pliegues la paz y la guerra para la seguridad de los buenos y el terror de los malos, y que á su sombra respire Francia, siendo, para dicha del mundo, la más grande y más feliz de las naciones!» El arzobispo procedió después á bendecir las banderas; cuando hubo terminado, el Príncipe volvió á montar á caballo y el desfile comenzó. Por la noche se iluminaron todos los edificios públicos.

A los dos días, el 12 de mayo, el ejército ofrecía al Príncipe Presidente un gran baile en la Escuela Militar. Aunque yo no hubiese terminado aún mis estudios, asistí á la fiesta, de la cual me acuerdo como si hubiese sido ayer. Los invitados eran en número de quince mil. Se había improvisado como por encanto un palacio en el patio de honor, adornado con varios trofeos en que se veían estrellas de acero, hojas de sable, cañones de fusiles, pomos de pistolas y puntas de puñales. En las gradas dispuestas en forma de anfiteatro á ambos lados del salón de baile, donde una tela engomada y rayada simulaba un inmenso tejido oriental, radiaba un conjunto de mujeres y flores, que le daban el aspecto de un jardín. Sobre las paredes resplandecían en letras de oro nombres de victorias francesas, y en la orquesta se había colocado un juego de campanas que en el momento de la entrada del príncipe tocaron á vuelo, mientras que los tambores y clarines resonaban. En el fondo de la sala elevábase un vasto estrado que tenía por adornos un busto del emperador Napoleón, otro de su sobrino, una gigantesca cruz de la Legión de Honor y una colosal medalla militar. El Príncipe Presidente bailó el primer rigodón con la señora de Saint-Arnaud, esposa del ministro de la Guerra; este último con lady Douglás, y el general Magnán con la princesa Matilde. Luis Napoleón bailó por segunda vez con la señora de Santereau, hija del general Magnán.

El 28 de junio, Luis Napoleón envió al Cuerpo legislativo, para suspender las sesiones, un mensaje en que se expresaba así: «Decid á vuestros comitentes que en París, este corazón de Francia, este centro revolucionario que difunde sucesivamente por el mundo la luz ó el incendio, habéis visto un pueblo inmenso afanándose por que desaparezcan las huellas de las revoluciones, y entregado con alegría al trabajo, seguro del porvenir..... Habéis visto á este ejército tan altivo, que ha salvado el país, realizarse más en el aprecio de los hombres, arrojándose con recogimiento ante la imagen de Dios presente sobre el altar; y esto quiere decir que en Francia hay un gobierno animado de la fe y del amor al bien, que se apoya en el pueblo, origen de todo poder; en el ejército, origen de toda fuerza, y en la religión, origen de toda justicia.»

La satisfacción del Príncipe Presidente era sincera; pero había un hombre que, más *napoleónico* que Luis Napoleón, más imperialista que el futuro emperador, apenas disimulaba su descontento. Era el ministro del Interior, M. de Persigny. A éste le parecía que la República duraba demasiado y que el Imperio no venía bastante pronto. «Desde el golpe de Estado, escribió en sus Memorias, la

República no existía ya más que de nombre; pero el tránsito de la forma republicana á la forma monárquica, deseado por los unos, temido por los otros, parecía aún tan difícil de realizar, que nadie hubiera osado declararse públicamente partidario de este cambio. Obedeciendo como á un sentimiento de pudor, la nación parecía alejar de su ánimo la necesidad de otra transformación; había aclamado la República hacía tan poco tiempo, que á pesar del deseo de estabilidad que se había apoderado de ella, repugnábale pensar en una nueva evolución. El presidente censuraba en alta voz toda idea de cambio, y en particular toda tentativa para promover manifestaciones constitucionales.»

Así estaban las cosas cuando Luis Napoleón se decidió á girar á los departamentos una gran visita: y entonces M. de Persigny dijo al Consejo de ministros: «¿Qué actitud debemos recomendar á los prefectos en circunstancias tan delicadas? — ¿Qué actitud? ¿Qué circunstancias?, exclamaron sus colegas. — ¿Pues y si gritan, replicó el ministro, ¡Viva el emperador!» «Al oír esta palabra, añade M. de Persigny al referir el incidente, se produjo una escena inaudita. Hubiérase dicho que acababa de poner el pie en un hormiguero; por todas partes me hacían interpelaciones; los individuos del Consejo se levantaban, abandonando sus asientos; gritaban y gesticulaban, agrupábanse en las ventanas, discutían entre sí animadamente, y después volvían hacia mí como furiosos preguntándome si quería la guerra civil.... Me retiré solo bajo las miradas de irritación de mis colegas, preguntándome si no se me invitaría desde luego á presentar mi dimisión.» Después de aquella escena, el ministro del Interior pasó todo un día como aturdido. El presidente iba á comenzar su viaje, y ya no se podía perder momento. M. de Persigny expidió un telegrama, llamando con urgencia á los prefectos de varios departamentos que Luis Napoleón debía visitar; y el primero que llegó fué el prefecto del Cher, M. Pastoureau. «Hay un tren, le dijo el ministro, que sale dentro de una hora para Bourges; no le perdáis. Volved á vuestro puesto sin ver aquí á nadie y sin que ningún ser viviente conozca las instrucciones secretas del viaje, reducidas á esto: ¡El Imperio! ¡Viva el emperador! Y no nos engañemos. El duque de Reichstadt, Napoleón II, no ha reinado; mas el pueblo le ha conocido con este nombre durante largo tiempo, y fué proclamado por su padre. Rindamos este homenaje á su memoria y que el sobrino del emperador sea, por lo tanto, Napoleón III. Este título hará envejecer á la dinastía. Mandad hacer sin pérdida de tiempo, para distribuir á las municipalidades, banderas en las cuales se lea por un lado «¡Viva el emperador!» y por el otro «¡Viva Napoleón III!» Y cuando desfilen por delante del príncipe, dejadles gritar. Haced lo mismo para los arcos de triunfo... y dirigid los preparativos con el mayor secreto.»

Después de tomar tan audaz resolución sin saberlo el presidente ni los ministros, M. de Persigny pasó algún tiempo sobresaltado. «A cada momento, ha escrito, á cada rumor, á cada relevo del centinela á mi puerta, temía que vinieran á sustituirme, á prenderme....., ¿qué se yo?, y que mi obra se desbaratara.

Después me acosaban dudas y terrores secretos. ¿No había presumido yo demasiado de los sentimientos populares? ¿No provocarían choques las aclamaciones en favor del Imperio? Algunas veces un sudor glacial inundaba mi rostro.» Sin embargo, los terrores del temerario ministro se desvanecieron; y cuando el Príncipe Presidente emprendió su viaje al Mediodía, M. de Persigny tuvo la satisfacción de verle subir á un coche del tren, sin que ni él ni persona alguna de su comitiva pareciese tener la menor sospecha de lo que iba á suceder. La predicción de M. Thiers iba á cumplirse; ya se podía decir que el Imperio estaba restablecido.

Así, pues, el mismo hombre que en 1848 había hecho elegir á Luis Napoleón diputado, sin que él lo supiera, se proponía ahora hacerle aclamar emperador sin haberle dicho nada. Podemos preguntarnos si el imperialista fanático tuvo buena inspiración al proceder así, y si no hubiera sido preferible al Imperio una República napoleónica. ¿No había sido el primer cónsul más cuerdo, más afortunado y más verdaderamente grande que el emperador? ¿Estaba el aparato de una corte en armonía con las ideas de la democracia moderna? ¿Tenía Luis Napoleón interés en borrar las letras R y F que acababa de hacer inscribir en las banderas sobrepuestas de águilas, dejando á sus adversarios un talismán tal como la palabra república?